



Brais

Adrian Blake



Brais

Adrian Blake

Black Butterfly 2



[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

Prólogo

Hoy es el día más feliz de su vida... y el peor día de la mía. Estoy sentado en el segundo banco de la iglesia de San Nicolás acompañando a mi jefe y mejor amigo en la boda de su hermana pequeña... el amor de mi vida. Erin ha sido la única mujer capaz de conseguir romperme el corazón y que aun así siga latiendo por ella como el primer día. Lo nuestro se terminó por culpa de su falta de confianza... y mi tozudez. Si no hubiera sido tan gilipollas y me hubiese dignado a hablar con ella tal vez el que la esperase en el altar sería yo, en vez del imbécil de Rubén.

La música empieza a sonar y todas las cabezas se giran hacia la puerta de la iglesia, pero yo soy incapaz de hacerlo. No quiero verla acercarse a ese capullo con una mirada llena de amor, esa mirada que hace tres años me dirigía a mí cada vez que me acercaba.

—Joder, está preciosa —susurra mi amigo orgulloso de su hermana.

—¿Estás bien, Brais? —pregunta Cris en mi oído.

Asiento y me atrevo por fin a girar la cabeza hacia ella, lo que me deja sin respiración y mareado. Jamás la había visto más guapa que esta tarde. El vestido de novia le sienta tan bien... lástima que vaya a desaprovecharse con ese gilipollas. Erin está mirando a su padre con una sonrisa y gira la cabeza al ver a su hermano, que se acerca a ella para besarla en la mejilla. Justo después sus ojos recaen sobre mí... y una descarga eléctrica recorre todo mi cuerpo como si me hubiera atravesado un maldito rayo. Erin entreabre los labios como si ella también lo hubiera sentido y por una milésima de segundo pienso que va a cogerse la falda del vestido para salir corriendo. Pero no, vuelve a mirar a su hermano y con una sonrisa recorre el resto del pasillo hasta el altar.

—Rubén —dice el cura—, ¿aceptas a Erin por esposa para amarla y respetarla en la tristeza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte os separe?

—Sí, acepto —contesta el gilipollas.

—¿Y tú, Erin? ¿Aceptas a Rubén por esposo para amarle y respetarle en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte os separe?

Erin mira de reojo hacia su hermano. No, Erin... no lo hagas o Axel me cortará los huevos de raíz... se muerde el labio y mira al novio antes de fijar sus ojos azules en los míos. Hago un levísimo gesto de cabeza para advertirla de que no se le ocurra hacer lo que está pensando, pero intentar que Erin haga algo es como intentar que un perro ladre la quinta sinfonía de Beethoven.

—Lo siento —susurra de repente—. Yo... no puedo hacerlo.

Se recoge la falda del vestido y sale a correr por el pasillo como en “Novia a la fuga”. Axel me mira en ese mismo instante como si fuera a asesinarme en cuanto tenga oportunidad y sale a correr tras ella.

—¿Lo sabías? —pregunta Ken.

—¿Yo qué coño iba a saber? —protesto— A ver si vais a creer ahora que esto es culpa mía...

Lara me mira con una ceja arqueada, señal de que es exactamente eso lo que están pensando todos.

—¡Que yo no he hecho nada, joder! —me defiendo.

—Espero por tu bien que así sea, o Axel te dará la paliza de tu vida —advierte Joel.

Les miro antes de salir a correr hacia la calle. Tengo que arreglar esto, o de lo contrario estoy jodido. ¿Qué coño has hecho, Erin? ¿Qué coño has hecho?

Capítulo 1

Dos meses antes...

Dios... este calor abrasador va a poder conmigo. Ni con el aire acondicionado puesto este maldito local se refresca un poco. Trabajo en el club *Black Butterfly* ocupándome de la seguridad de la sala de BDSM. Me limito a pasearme entre las diferentes estructuras de la estancia asegurándome de que ningún amo se pase de la raya con su sumiso. Aunque reconozco que alguna que otra vez he follado con alguna clienta, no ha sido de esta sala. No me va el BDSM, prefiero mimar a la mujer con la que me acuesto a darle cuatro latigazos que, aunque a ella la lleven de cabeza al orgasmo, a mí me dan más bien repelús.

—Brais, ¿Puedes venir un momento? —me llama mi jefe desde la puerta.

Hago restallar el látigo en el aire antes de marcharme. Así les recuerdo que sigo aquí, por si se les ha olvidado. Lara está sentada en la barra, como cada noche, bebiéndose su acostumbrado Bayleys. Me acerco a saludarla y miro a Axel con una ceja arqueada.

—Tengo que salir un momento —explica—. Quédate por aquí por si tienes que echarle una mano a Cris.

“Y cuida a mi chica” le ha faltado decir. Me meto detrás de la barra y me bebo de un trago una botella de agua helada antes de apoyarme en la superficie de mármol con una sonrisa.

—¿A dónde va tu hombre? —pregunto.

—Erin le ha llamado llorando y ha ido a ver qué le pasa.

Tan solo escuchar su nombre hace que me recorra un escalofrío por todo el cuerpo. Desde que se prometió con ese tal Rubén no pasa ni una sola semana sin que llame a su hermano llorando porque han discutido. La verdad es que todo esto ya empieza a aburrir... y a mí ya ha dejado de dolerme. Cuando me enteré de que me había sustituido por ese gilipollas lo pasé realmente mal. No podía creerme que su amor hacia mí pudiera ser tan efímero, no me cabía en la cabeza que Erin hubiera dejado de quererme cuando yo aún me moría por ella.

Pero eligió no confiar en mí en primer lugar, así que no debería haberme sorprendido que me sustituyera en menos que canta un gallo.

Pero eso ya no importa. Erin va a casarse con Rubén y yo tendré que olvidarla y seguir con mi vida... aunque no sé si algún día lo conseguiré.

—¿Brais? —pregunta Lara— ¿Estás bien?

—Claro —respondo con una sonrisa—. Solo estoy cansado.

—Ya te has pasado el día en vela, ¿verdad? —ríe Cris.

Si ella supiera que lo que no me deja pegar ojo es pensar en Erin y en su maldita boda... Cuando mi jefe llega una hora después el bar está lleno a reventar y no hay tiempo de hacer preguntas sobre Erin... aunque la verdad es que no voy a ser yo quien las haga, que para eso ya está Cris. La noche se me hace eterna, estoy deseando terminar para poder irme a dormir a casa. Hoy no hay mucho movimiento en mi sala, así que me doy una vuelta por la de Ken, que se dedica a los masajes eróticos.

—¿Cómo vas? —pregunto entregándole una botella de agua.

—Este calor va a matarme, tío... No sé si se ha roto el aire acondicionado o es que yo tengo hoy más calor de la cuenta.

—Es que tenemos encima una ola de calor del Sáhara. Y si a eso le añadimos que la tía que acaba de salir de aquí está como un queso...

—No es mi tipo —responde mi colega limpiándose las manos en una toalla.

—Todas son tu tipo. —Sonrío—. Nunca te he visto hacerle ascos a una mujer a excepción de Cris.

Ken me lanza una mirada asesina antes de darse la vuelta.

—Cris es mi compañera de trabajo —se defiende—. Entre ella y yo no puede haber nada.

—Eso son gilipolleces. No estás con ella porque eres un cobarde.

—Si tú lo dices...

—Por supuesto que lo digo. Tontear con ella a saco y a la hora de la verdad te acobardas.

—¿Es que no tienes trabajo que hacer? —protesta.

—Pues no, la sala está vacía esta noche.

—Suerte la tuya, a mí me quedan aún dos masajes más, así que lárgate ya.

—Quien se pica...

Vuelvo a la barra para ver si Cris necesita que le eche una mano, pero Lara se ha puesto a servir copas con ella y ahora están las dos sentadas

charlando.

—Veo que no me necesitáis —digo sentándome con ellas.

—Esto está ya finiquitado —responde Cris mirando su reloj—. Solo falta una hora para cerrar, así que no creo que tengamos que hacer mucho más.

—En ese caso me voy a dar una vuelta por mi sala para recoger, porque la noche ha estado bastante tranquila por allí.

Termino de recoger la sala en un momento. Por fin llega la hora de salir, así que me pongo la camiseta y me dirijo a la zona de la barra, pero me detengo en seco al ver allí a Erin. Nuestra relación ha sido cordial desde hace más o menos un año, pero eso no impide que me dé un vuelco el estómago cuando la veo.

—Hola, Brais —dice mirándome con una sonrisa que no llega a sus ojos.

—¿Cómo tú por aquí? —pregunto.

—He venido para raptar a mi cuñada. Necesito que me acompañe a probar tartas.

—Mira tú qué bien... pues que os divirtáis.

Me despido del resto con la mano y salgo a la calle. El aire fresco de la mañana alivia el calor que llevo sintiendo toda la puta noche, y cierro los ojos un segundo antes de dirigirme hacia mi moto.

—¡Oye, Brais!

La voz de Erin me hace detenerme en seco, aunque soy incapaz de volverme para mirarla.

—¿Qué quieres, Erin? —pregunto.

—¿Por qué has sido tan borde?

—No he sido borde, estoy cansado.

—Y una mierda, Brais. Te conozco demasiado bien para diferenciar cuándo estás cansado y cuándo eres borde.

—Lo que tú digas, Erin.

Voy a dar un paso hacia mi moto pero ella me agarra del brazo y un latigazo de placer recorre mi espalda. Tengo que morderme el labio para no darme la vuelta, empotrarla contra la pared más cercana y follármela sin pensar en nada más.

—¿Qué te pasa? —pregunta.

—¿En serio me preguntas eso? —protesto zafándome de su agarre.

—¡Sí! ¡No sé qué te pasa conmigo!

—¡Vas a casarte con ese gilipollas! —grito al fin— ¿Qué quieres, que esté

feliz y contento?

—Deberías alegrarte por mí.

—Pues lo siento, pero no puedo hacerlo. Tú has pasado página, Erin, pero yo no.

—Claro que no... ¿por eso te tiras a toda mujer que se te pone a tiro en el bar?

Me quedo mirándola con una sonrisa y una ceja arqueada. He podido notar el leve temblor de su voz, señal de que le duele que me acueste con otras mujeres.

—Si alguien te escuchara pensaría que estás celosa —ronroneo.

—¡No seas ridículo!

—¿Estoy equivocado?

—Por supuesto que sí. Simplemente estoy rebatiendo lo que me has dicho.

—Claro que sí, nena —susurro acercándome a ella—. ¿Por eso te pones nerviosa cuando me acerco?

—¡Claro que no es por eso, creído!

—¿Entonces por qué es?

—Porque no sé qué eres capaz de hacer.

—¿Me tienes miedo, Erin? ¿O temes lo que todavía sientes por mí?

—No siento nada por ti.

—Sigue mintiéndote a ti misma.

La sujeto de la cintura y pego mi boca a la suya. A la mierda Axel, el gilipollas de Rubén y hasta el mismísimo demonio. En cuanto mis labios rozan los suyos siento un latigazo en el vientre y mi polla se endurece. Erin se queda quieta un segundo, pero después me devuelve el beso como el primer día que la besé. Los recuerdos de nuestros encuentros sexuales inundan mi mente, y casi parece que no ha pasado el tiempo y que todo sigue igual entre nosotros. Vuelvo a sentir un calor abrasador, estoy sediento de ella y este beso apenas es un atisbo de lo que necesito, pero por ahora es suficiente para mí. Intento pegar su cuerpo al mío, pero Erin me aparta de un empujón y me cruza la cara de una bofetada, haciendo que despierte de golpe de esa ilusión.

—No vuelvas a tocarme en tu vida —advierte.

—Dicen que si una mujer abofetea a un hombre es porque no ha tenido suficiente.

—Ya tuve suficiente de ti hace tres años. No necesitaba más, te lo aseguro.

—Lo deseabas tanto como yo —protesto—. Ahora no te hagas la víctima.

—¿Eso crees? ¿Que deseaba que me atacases como un neandertal? Te tienes en muy alta estima, ¿verdad?

—Solo constato un hecho. Me has devuelto el beso... al principio.

—¡Me has pillado desprevenida, imbécil!

—Sigue engañándote a ti misma.

Me doy la vuelta y me pongo el casco antes de arrancar la moto. Observo a Erin por el espejo retrovisor, que se ha quedado anclada en el sitio y no se mueve hasta que estoy a punto de doblar la esquina. Es innegable que donde hubo fuego, aún quedan cenizas, porque he sentido su corazón latir desbocado cuando la he besado, la he sentido temblar cuando mis brazos han rodeado su cuerpo. Erin puede engañarse a sí misma todo cuanto quiera, pero no puede engañarme a mí.

Capítulo 2

Si la puñetera ola de calor no termina creo que el que va a terminar voy a ser yo... pero en urgencias de un golpe de calor. Estamos a cuarenta grados a las tres de la tarde y por más que quiero dormir un poco no es posible ni con el aire acondicionado. Me levanto al fin y me sirvo un café helado antes de sentarme en el sofá a ver lo que hay en la tele. Mi móvil suena y voy a mi dormitorio a cogerlo, que me lo he dejado en la mesita de noche. ¿Qué coño querrá Axel a estas horas? Algo muy importante debe ser para que me moleste cuando sabe que a esta hora suelo estar durmiendo.

—¿Qué pasa, tío? —pregunto dejándome caer en la cama.

—Necesito pedirte un favor, Brais. Un favor de los grandes.

Noto el tono serio de su voz, pero también algo más que no logro descifrar.

—Lo que quieras, lo sabes —respondo.

—Sé que esto no te va a gustar... no sé cómo coño pedírtelo.

—Siempre viene bien que empieces con un “por favor, Brais”.

—Necesito que acompañes a Erin a elegir las tarjetas para asignar el sitio a los invitados.

Inspiro con fuerza. ¿He oído bien o mi mente me está jugando una mala pasada debido a lo que me pasó ayer con ella?

—¿Cómo dices? —pregunto para asegurarme.

—Sé que lo que te pido es demasiado, pero le prometí que iría con ella y no puedo cumplir mi promesa.

—¿Y por qué no va con su puñetero novio a hacer esas cosas?

—Está de viaje de negocios, Brais.

—Pues manda a Ken... o a Joel.

—Mi hermana apenas les conoce.

—No puedes pedirme eso, tío... no puedes hacerme esto.

—¿Crees que no sé lo que te estoy pidiendo? Pero no tengo a nadie más a quién acudir. Lara no puede ir con ella tampoco.

—Lo siento, tío... pero mi respuesta es no.

—Si lo haces te daré quince días extra de vacaciones.

Sonríó ante el intento desesperado de Axel porque haga lo que me pide, pero no seré capaz de aguantar el tipo.

—No voy a soportar ver cómo elige las cosas para su boda con otro hombre, ¿es que no lo entiendes? —explico.

—¿Y quién tiene la culpa de eso?

—Eso es un golpe bajo, Ax.

—¡Vete a la mierda, Brais! ¡Si perdiste a mi hermana fue porque te dio la gana!

—¡La perdí porque no confió en mí!

—¡Te encontró atado en la cama con una mujer desnuda encima, imbécil! ¿Qué querías que pensase?

—Su marido también estaba allí, ¿recuerdas? ¡Fue él quien me dejó KO y me ató!

—Mi hermana no es adivina, Brais. No podía saberlo.

—¡Pero debería haber confiado lo suficientemente en mí como para quedarse y no salir corriendo!

Mi amigo se queda en silencio. Escucho su respiración al otro lado del teléfono, calmada, al contrario que la mía. Todo el mundo se empeña en echarme la culpa de lo que pasó, pero ella debería haber confiado en mí. Debería haber esperado mi explicación y no lo hizo.

—Oye... —susurra Axel— Entiendo que lo que te pido es demasiado, pero te necesito, tío, de verdad. Se ha roto una tubería del *Butterfly* y tengo que esperar a que venga el fontanero.

Lo pienso por un solo segundo. No tiene que ser tan difícil elegir un trozo de papel, ¿no? Axel siempre ha estado ahí cuando le he necesitado, no puedo fallarle ahora. Además, en menos de media hora estaré de vuelta en casa y el mal trago se habrá pasado.

—Vacaciones pagadas —digo al fin.

—Por supuesto.

—Y un fin de semana en la playa con todos los gastos pagados.

—No te pases.

—Muy bien... iré con tu hermana a elegir las jodidas tarjetitas.

—Te debo una muy gorda, tío. Gracias.

—No sabes lo gorda que es.

Tras apuntar la dirección de la tienda donde ha quedado con su hermana,

me visto con un suspiro. Me cuesta la misma vida hacerlo, como si quisiera retrasar el momento todo lo posible. Encontrar a Erin no es difícil, sobre todo porque sería capaz de encontrarla en un estadio de fútbol repleto de gente. No parece muy contenta de verme llegar, y cuando me detengo junto a ella se pone de puntillas para mirar por encima de mis hombros.

—¿Qué haces tú aquí y dónde está mi hermano? —pregunta.

—Ha tenido un problema en el local y le ha sido imposible venir.

—¿Y no podría haber mandado a otra persona?

—Pues la verdad es que no, no podía hacerlo.

Me siento un poco mejor al ver que ella no tiene nada que ver con todo esto y que se siente tan incómoda con la situación como yo.

—Puedes irte, no te necesito —protesta dándose la vuelta.

—No es eso lo que me ha dicho Axel.

—Axel es un gilipollas a quien le pienso cantar las cuarenta en cuanto le vea —bufa—. Vete, seguro que tienes mejores cosas que hacer.

No la soporto cuando se hace la víctima, lo juro. ¿Por qué no puede limitarse a agradecerme el esfuerzo que estoy haciendo y buscar la puñetera tarjeta?

—No pienso marcharme —digo cogiendo una tarjeta del montón que ella tiene delante—. En serio, esto es una horterada.

Ella se vuelve hacia mí con los brazos en jarras y fuego en los ojos. Ya vamos a empezar otra vez...

—No necesito que me amargues la tarde con tus gilipolleces, Brais —protesta—. Así que lárgate por donde has venido.

—Escúchame bien, Erin... Tu hermano me ha pedido que te acompañe en lo que sea que vayas a hacer aquí y eso es precisamente lo que pienso hacer, tanto si te gusta como si no.

—Eres despreciable —escupe antes de volverse hacia las tarjetas.

—Mira tú qué bien.

Pasan más de tres horas sin que Erin elija ninguna puñetera tarjetita. La que no está demasiado recargada de flores tiene un tipo de letra que no le gusta, y la que no es demasiado simple. Cuando estoy a punto de estranglarla encuentra una que le parece graciosa y que tiene la letra adecuada, gracias a Dios. Al salir de la tienda me despido con la mano para marcharme por otro lado, pero ella me sujeta de la camiseta.

—¿Dónde vas? —pregunta.

—¿Te importa? —protesto— Hace unas horas no querías ni verme.

—Tienes que acompañarme a otro sitio.

—¿A qué sitio?

—A probar menús.

—Ni de coña. —Me vuelvo para marcharme, pero ella no me suelta—.

¿Quieres soltarme de una puñetera vez?

—No puedo ir sola a probar la comida —se defiende—. ¿Qué novia hace eso?

—Tú, al parecer.

—Brais, por favor... Hasta donde yo recuerdo te encanta comer.

Recuerdos de nuestro pasado en común pasan por mi mente, pero en ellos no estoy comiendo precisamente comida. Se me seca la boca y mi polla empieza a reaccionar, y me muerdo el labio mirándola fijamente. Sé que ella sabe perfectamente en qué estoy pensando, porque suspira con fuerza y se aparta un par de pasos de mí.

—No me refería a eso y lo sabes —protesta.

—No he dicho nada.

—No hace falta. Aún te leo como un libro abierto.

—Si fuera así ahora mismo no estaríamos aquí.

Se coloca el pelo detrás de la oreja, y yo me muero de ganas de enterrar mi nariz en él.

—Será mejor que no me acompañes —dice al fin.

—Es la mejor idea que has tenido en toda la puta tarde.

Miro el reloj para darme cuenta de que casi es hora de entrar a trabajar, así que me dirijo al *Butterfly*. Esta noche necesito olvidarme de todo, sacarme de la cabeza a Erin de una vez por todas para poder seguir con mi vida. Como se me ponga a tiro alguna mujer no pienso dejar pasar la oportunidad.

Cuando bajo las escaleras Axel está en la barra secando unos vasos. No deja de mirarme de reojo, seguro que se siente como una mierda por haberme pedido algo así.

—¿Por qué me miras tanto? —protesto.

—No te miro —se defiende él.

Le miro con una ceja arqueada y él suspira antes de sentarse en uno de los taburetes de la barra.

—Lo siento —reconoce—. Sé que no debería haberte pedido algo así, pero no tenía a nadie más a quién recurrir.

—No me jodas, Ax.

—¿Crees que lo he hecho adrede?

—Sé que lo has hecho adrede. No sé con qué maquiavélica idea en mente, pero lo has hecho a posta.

—¿Crees que soy tan capullo como para joder a mi mejor amigo por gusto? —protesta.

—Creo que estás intentando hacerme olvidar a tu hermana porque tienes miedo de que arruine su boda.

—¿Harías algo así?

—¿Tú qué crees? —protesto— Pero tranquilo, que la jugada te ha salido cojonuda, porque esta noche me pienso follar a la primera mujer que se me ponga delante.

—Yo no estaba planeando nada, Brais. Veo que estás enfadado y no piensas con claridad. Si te calmas...

—Estoy muy calmado, ¿no me ves? Jodidamente calmado, de hecho.

—No hagas algo de lo que luego puedas arrepentirte, tío.

—¿En serio crees que me voy a arrepentir de echar un polvo? —pregunto levantándome— Tranquilo, nunca lo he hecho y no pienso empezar ahora.

Dicho esto, me marché a mi sala, en la que seguro que tengo mejores cosas que hacer que discutir con mi jefe, porque después de lo de hoy dudo mucho si llamarle mejor amigo.

Capítulo 3

El resto de la noche pasa tranquila, Axel se mantiene alejado para no empezar otra pelea y lo agradezco. Después de la discusión de antes prefiero no tener que vérmelas con él, y he tenido bastantes broncas por hoy. Ken se ha pasado por la sala un par de veces para ver cómo estoy y ahora mismo le tengo sentado frente a mí bebiéndose una botella de agua fría, mirándome pero sin decir ni una puñetera palabra.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Nada.

—¿Entonces por qué me miras así?

—Miro cómo trabajas.

—¿Es que no tienes nada mejor que hacer? —protesto.

—No hasta dentro de media hora. ¿Te molesto o qué?

—En absoluto, pero no hace falta que me hagas de niñera.

—No estoy haciéndote de nada.

—¿Y entonces qué coño haces ahí sentado mirándome como si fuera un puto mutante?

—¡Está bien, está bien! Quiero asegurarme de que estás bien después de esta tarde, solo eso.

Suspiro y me siento a su lado en el sofá negro de cuero, que por cierto da un calor impresionante.

—Ha sido muy difícil —reconozco.

—Solo tenías que acompañarla a elegir unas tarjetas, ¿no?

—Sí, unas tarjetas que ha tardado en elegir más de tres horas, y por si no fuera bastante Erin quería que la acompañase también a elegir el menú del banquete.

—¿En serio no lo tiene elegido a estas alturas?

—Parece ser que no. Yo no sé qué coño han estado haciendo esos dos todo este tiempo.

—¿Y por qué no la ha acompañado su novio?

—Porque estaba de viaje de negocios.

—Ah, pero ¿ese tío trabaja?

Al final mi colega ha logrado sacarme una sonrisa, como siempre.

—¿Por qué estás enfadado con Axel? —pregunta Ken.

—Porque no entiendo qué coño pretendía mandándome a mí cuando sabe que siempre que nos vemos discutimos. Podría habértelo pedido a ti... o a Joel.

—Tal vez piense que así la boda te parecerá más real.

—La maldita boda me parece real desde el mismo día en que me enteré.

—¿A él le gusta Rubén para su hermana? —pregunta Ken de repente.

—¿Y yo qué sé? ¿Crees que me voy a parar a preguntarle si le gusta el novio de su hermana?

—Tal vez Axel quiere que detengas esa boda porque ese tío no le gusta un pelo.

—¿Estás de broma? Le va a costar una fortuna, Ken. Si detengo esa boda me cuelga de los huevos.

—En eso tienes razón.

—Tenga los motivos que tenga se ha comportado como un capullo y no sé si seré capaz de perdonárselo.

—Donde tengas la olla, no metas la polla, tío. Te lo he dicho muchas veces.

—Básicamente no lo hice. Erin no ha trabajado nunca aquí.

—Pero es la hermana de tu jefe, así que por extensión...

—Recuérdame que a partir de ahora te haga caso, Ken.

—No creo que haga falta. Me da que ya te has aprendido el refrán al pie de la letra.

Ken se levanta y me palmea el brazo antes de salir por la puerta. Ya casi es la hora de cerrar y recojo la sala antes de ir hacia la barra para ver si necesitan mi ayuda. Cris lo tiene todo controlado así que me siento a beberme una cerveza y se me acerca una rubia con ganas de fiesta.

—¿Buscas algo? —pregunto acercándome a ella.

—Tal vez —responde mirándome de arriba abajo.

Ante su escrutinio, me permito la licencia de mirarla a conciencia yo también. Está vestida, pero su modelito deja muy poco a la imaginación. Un cinturón a modo de falda y una camiseta de tirantes que deja la mitad de sus tetas al descubierto. No es mi tipo, la verdad, pero a falta de pan...

—Quizás pueda ayudarte... —ronroneo pasando un dedo por el contorno de una de sus tetas— pero tendrás que esperar a que cerremos.

—No tengo prisa... si me invitas a una copa puedo esperar.

Se apoya a mi lado en la barra y se pone de puntillas haciendo que mi atención se centre en su impresionante culo. Le hago una señal a Cris para que le sirva lo que quiera a mi cuenta. Mi compañera me mira negando con una sonrisa y obedece de inmediato. Lo sé, sabes tan bien como yo lo que estoy haciendo, pero soy libre y necesito echar un polvo.

—Espérame aquí un momento —digo besándola fugazmente en la boca.

—No pienso irme a ninguna parte.

Axel me mira de reojo desde el despacho, pero no se atreve a decirme nada. Ayudo a Cris con una caja bastante pesada, me despido de todo el mundo y tiro de la mano de la chica para salir por fin a la calle. El aire fresco calma un poco el calor, pero no logra hacer lo mismo con mis ganas de follar. La aprisiono contra la pared del local para besarla a conciencia, y ella no se corta un pelo y me aprieta la polla por encima de los vaqueros, haciéndome gemir.

—¿Tienes prisa? —pregunto.

—Estoy borracha y cachonda. ¿Tú qué crees?

No soy de los que se folla a las tías en un callejón oscuro, así que tiro de ella hasta mi moto y pongo rumbo a mi casa. Mi apartamento es pequeño, y en tres zancadas la tengo tumbada sobre mi cama con las piernas abiertas. El pequeño tanga negro que lleva se le ha metido entre los labios, y tiro un poco de la tela para conseguir que cierre los ojos y gima llevada por el placer. La mujer tira de mi camiseta para hacerme perder el equilibrio y termino tumbado sobre su cuerpo. Ella enreda las piernas en mi cintura y me aprieta contra ella con fuerza.

—Fóllame, guapo —susurra.

—Eso es precisamente lo que tengo pensado hacer.

La chica se deshace de mi camiseta con prisa y sus manos vuelan hasta la cremallera de mis vaqueros. Estoy cachondo, pero tanta prisa me está quitando las ganas, la verdad. Sujeto sus manos con una de las mías para ralentizarla, para que me deje llevar a mí el ritmo, pero ella retuerce sus caderas debajo de mí, logrando que el roce me haga gemir.

—Quieta... —advierdo.

—Más tarde.

Se suelta de mi agarre y de un tirón se saca la camiseta por la cabeza, haciendo que sus tetas boten delante de mí. Sus pezones son grandes y oscuros, y por un instante recuerdo los de Erin, pequeños y rosados... sacudo la cabeza para quitarme esa imagen de la mente y me centro en lamer sus tetas lentamente, pero ella no tiene intención de que lo haga y se retuerce hasta lograr quitarse el tanga y desabrochar mi cremallera.

—¿Tienes un condón? —susurra.

Asiento y saco uno de la mesita de noche, que ella me arranca de las manos para ponérmelo a toda prisa. Agarra mi polla con firmeza y me hace entrar en ella, empujándome con los pies por el culo para hacerme clavarme hasta el fondo. Joder... ¿qué tío no estaría encantado con algo así? Pues yo, al parecer. De pronto llegan a mi mente pequeños retazos de mis noches con Erin, de nuestros encuentros sexuales, y este encuentro se torna incómodo y desagradable. Pero ahora no puedo retractarme, así que intento cumplir aunque mi polla no está muy contenta con mi decisión.

—¿Qué pasa? —susurra ella intentando besarme.

Aparto la cabeza para impedírselo y cierro los ojos para pensar que es Erin quien está debajo de mí y no una desconocida insulsa de la que no conozco ni su nombre. Aunque no son sus curvas las que siento puedo imaginarme tocándola, aunque no son sus labios los que me besan puedo imaginar que es su lengua la que acaricia la mía, y mi polla responde al estímulo lo suficiente como para follármela medio en condiciones. Siento cómo se arquea, cómo se contrae al mi alrededor y se corre entre gritos de placer.

Intento apartarme de inmediato pero ella no me suelta. Me retuerzo intentando zafarme de su agarre pero ella aprieta las piernas a mi alrededor y sus músculos vaginales empiezan a succionarme.

—¡Suéltame! —exclamo apartándome de ella de un empujón.

—¿Pero qué coño te pasa?

—Vete.

—¿Que me vaya? ¡Pero si acabamos de empezar!

—¡He dicho que te largues!

—¡Eres un gilipollas! —grita mientras empieza a vestirse.

Salgo de la habitación sintiéndome como un imbécil, sintiéndome como una mierda por haber tenido que pensar en Erin para acostarme con otra. Tiene que ser el resultado de haber pasado la tarde con ella, no hay otra explicación.

Cojo una cerveza del frigorífico y me la bebo de un solo trago. Escucho los tacones de la mujer acercarse, pero no me vuelvo hacia ella porque no quiero sentirme culpable.

—¿Vas a darme al menos para un taxi? —pregunta a mis espaldas.

Sonrío... porque es mejor reír que llorar. Le paso un billete de veinte euros sin dignarme a mirarla y no me vuelvo hasta que escucho la puerta de la calle cerrarse. Cojo otra cerveza y me tiro en el sofá a terminármela. Saco de la cadena que llevo al cuello la alianza de plata que Erin me regaló en nuestro primer y único aniversario. La hago rodar sobre la superficie de madera de la mesa perdido en mis pensamientos, en por qué fui tan estúpido aquel día. Debería haberla detenido, debería haberle explicado que aquella noche no pasó nada y no haberle permitido que me dejase. Pero fui un capullo orgulloso y ahora estoy pagando un precio muy alto por ello.

Ya he perdido la cuenta de las cervezas que me he bebido. Tal vez ocho, o nueve... no lo sé. Estoy borracho, apenas puedo mantener el equilibrio cuando me levanto del sofá para meterme en la cama. No sé cuándo he cogido el teléfono de la mesita de noche ni cómo he conseguido marcar el número de Erin con la borrachera que llevo encima.

—No te engañé —farfullo en cuanto descuelga—, nunca lo he hecho.

—¿Brais? ¿De qué coño me estás hablando, tío?

—Aquella noche en el bar... ella quería follarme y su amo quiso darle el capricho —susurro—. Me pilló desprevenido, Erin... y yo...

—Brais, no soy Erin...

—Yo no tuve nada que ver. Él me ató a la cama para que ella me violara, Erin. Si no hubieses llegado...

Apenas tengo fuerzas para sujetar el teléfono. Cierro los ojos un segundo para intentar que mi visión se aclare... y me quedo profundamente dormido.

Capítulo 4

El sonido del timbre de la puerta va a matarme. La cabeza me va a estallar en cualquier momento, y si el que sea que esté llamando no deja de hacerlo ahora mismo se va a ganar un buen puñetazo. Me levanto como puedo de la cama, porque cualquier movimiento hace que me maree y tenga ganas de vomitar. ¿Cuánto bebí anoche? Ni siquiera recuerdo haberme metido en la cama.

Abro la puerta y sin mirar quién es me tiro en el sofá con el brazo sobre los ojos para que la luz del sol no me moleste.

—Debería darte un puñetazo por gilipollas —amenaza Axel sentándose en el otro sofá.

—¡No grites! ¡Baja la voz!

—¿Te duele la cabeza? ¡Pues te jodes! ¿Se puede saber en qué coño pensabas anoche?

—Refréscame la memoria...

—Sabes muy bien a qué me refiero, no te hagas el tonto.

—No recuerdo nada de lo que hice anoche —reconozco—. Sé que eché un polvo, que la tía se largó y que me tomé... —Miro la mesa para contar los botellines—. Nueve cervezas, pero nada más.

—¡Llamaste a mi hermana, capullo! Llamaste a Erin para contarle lo que pasó aquella noche. ¡Ahora, después de tres putos años te da por contarle la verdad!

—¿Cómo dices?

—Por suerte marcaste mi número y no el de ella —continúa Axel—. Si llegas a marcar bien ahora mismo estaría dándote una paliza.

—¿Y qué más da que se lo diga ahora? Va a casarse con otro, ¿no?

—¿Y si decide no casarse, imbécil?

—¡Vaya! Ya veo que Rubén te parece más aceptable que yo como cuñado —protesto.

—¿Ese gilipollas? ¡No le aguanto! —reconoce— Es el tío más prepotente

e insoportable que conozco, pero mi hermana le quiere y me tengo que joder.

—Y si tan seguro estás de que tu hermana le quiere, ¿Qué más te da que le arruine la boda?

—¡Que no me da la gana de que la hagas pasar un mal trago, capullo!

—Si es por eso no te preocupes, no tengo intención de ir a esa puñetera boda. Y para tu información, no tengo su número de teléfono así que era bastante difícil que anoche la llamase para contarle nada.

—No me vengas con esas, Brais. Sé que te lo sabes de memoria.

Es cierto. Me sé de memoria cada detalle de Erin como si aún estuviésemos juntos. Después de tres años me acuerdo de cada lunar de su cuerpo, de cada mirada de sus ojos, de cada gesto de su cara. Aparto la mirada de mi amigo y me levanto para preparar café.

—Sigues enamorado de ella, ¿verdad?—pregunta Axel.

—Nunca dejaré de quererla.

—¿Y por qué coño no me lo has dicho?

—Porque no voy por ahí aireando mis sentimientos.

—Siento mucho haberte mandado a acompañarla, no creí que tus sentimientos por ella fueran tan fuertes.

—¿Y qué creías, Ax? ¿Que la evitaba por gusto? ¿Que discutí contigo ayer solo porque no me apetecía acompañarla?

—Creía que estabas dolido con ella por no haberte creído, no que siguieras enamorado de ella.

—Pues lo siento, pero te equivocabas.

—¿Y por qué coño no intentaste recuperarla?

—Porque pensé que terminaría entrando en razón y volvería a mí.

—Y en vez de eso empezó a salir con Rubén. —Axel se levanta y me palmea la espalda—. No deberías ser tan orgulloso, tío. Mira para lo que te ha servido.

—Ahora no tiene remedio, ¿verdad? Está enamorada de otro y no puedo hacer nada para remediarlo.

Axel se marcha dejándome solo con mis pensamientos. En vez de tomarme el café me vuelvo a la cama, pero soy incapaz de pegar ojo. Axel tiene razón, por culpa de mi estúpido orgullo he perdido a la mujer de mi vida, y ya no tengo ninguna posibilidad de recuperarla. Porque Erin me odia con todas sus fuerzas, me quedó muy claro ayer mientras me gritaba.

Cierro los ojos y empiezo a recordar el tiempo que pasamos juntos. Veo

esa sonrisa dedicada solo a mí cuando se despertaba por la mañana, sus pechos transparentándose bajo la tela de su camisón y su sedoso pelo revuelto. Me encantaba hacerle el amor después de eso. Ella siempre se sentaba a horcajadas sobre mis piernas y me besaba con tanto amor que el corazón se me paralizaba. Yo la sujetaba de la cintura y la pegaba por completo a mi cuerpo, sintiendo sus curvas acoplarse perfectamente a mis músculos. Hacíamos el amor lentamente, como si el tiempo se detuviera, como si no importara nada más que ese momento. Era el mejor despertar de la historia... y ahora tengo que despertarme completamente solo.

Apenas he conseguido dormir unas horas, pero al menos el dolor de cabeza se me ha pasado un poco, aunque sigo con el estómago revuelto. Me visto para ir a hacer la compra antes de volver al trabajo, y cuando abro la puerta me detengo en seco al ver a Erin con el puño levantado dispuesta a llamar.

—Eh... hola —susurra.

—¿Qué haces aquí? —pregunto más brusco de lo que pretendo.

—¡Joder, Brais! ¿Hasta cuándo vas a estar enfadado conmigo? —protesta
— No debí haber venido. Ha sido un error.

Se da la vuelta para marcharse, pero la sujeto del brazo para detenerla.

—Lo siento —me disculpo—. No pretendía ser tan borde. ¿Quieres pasar?

Ella asiente y entra en la casa. Me acerco al frigorífico y le doy una cola light sin cafeína, la que siempre ha tomado.

—Aún te acuerdas... —susurra.

—¿Qué querías? —pregunto simulando que no la he escuchado.

—Me ha dicho mi hermano que no piensas venir a mi boda.

Vamos, no me jodas, Erin... ¿En serio has venido hasta aquí para eso? Debería mandarla a la mierda y hacerla salir por la puerta lo antes posible por ser tan hija de puta. Eso debería hacer.

—¿Y te extraña? —pregunto en cambio.

—No, pero me gustaría que lo hicieras. Hubo un tiempo en el que éramos amigos, ¿te acuerdas?

—Sí, pero me enamoré de ti y la cosa se torció.

Ella mira su refresco sin atreverse a levantar la vista.

—Sé que pedirte que volvamos a ser amigos es imposible, pero me gustaría que al menos lográsemos llevarnos bien —dice al fin—. No quiero seguir peleándome contigo, Brais. Ya estoy cansada de eso.

Sí... yo también estoy cansado de todo esto, cansado de las discusiones y de flagelarme por haber sido un gilipollas. Ya no hay vuelta atrás, ya el daño está hecho y no tiene solución, y tendré que verla a menudo si sigo siendo el mejor amigo de su hermano, así que...

—Lo intentaré —digo al fin—, pero no te prometo nada.

—No puedo pedirte más. Y piénsate lo de la boda, por favor. Me gustaría mucho que estuvieras allí.

Asiento porque no soy capaz de abrir la boca sin reprocharle lo que me acaba de pedir.

—Te dejo —dice levantándose—, que seguro que estás muy ocupado. Adiós, Brais.

—Adiós, Erin.

La observo marcharse, y con ella se marcha un trozo de mi alma. Al fin la estoy dejando marchar, me siento como si fuera nuestra despedida y siento que el corazón se me rompe en mil pedazos. Siento un dolor agudo en el pecho, un dolor que no creo que me abandone nunca, y cuando la puerta se cierra a su espalda me dejo caer en el sofá con un suspiro. ¿Qué es lo que acabo de hacer?

Cuando llego al local me encuentro que Erin está sentada con Lara y su amiga Mónica en la barra. ¿Es que no puede irse a otro local? Nunca ha querido venir al *Butterfly* y precisamente esta noche se presenta aquí. ¿Qué quiere, ver si voy a cumplir lo que le he dicho hace unas horas? Mónica me mira con una sonrisa como cada vez que me ve. Creo que es la única amiga de Erin que creyó en mi inocencia sin dudar ni un segundo, cosa que le agradezco.

—¡Pero mira a quién tenemos aquí! —exclama— ¡Al capullo de turno!

—Y tú sigues tan encantadora como siempre —digo abrazándola.

—¿Qué tal estás, campeón? —pregunta in soltarse de mi abrazo.

—Muy bueno, ¿no me ves? —bromeo.

—Sí que estás bueno, sí... Has mejorado con los años como el buen vino.

—Solo llevas un par de años sin verme, exagerada.

—¿Y de quién es la culpa? Que lo dejarais no implicaba que me dejases a mí también.

—Yo no te he dejado, has sido tú la que no te has dignado a llamarme.

—Tienes razón, perdona. ¿Qué te parece si nos tomamos un café mañana y nos ponemos al día?

—Me parece la mejor idea que has tenido en años. Me voy al trabajo,

preciosa. Luego te veo.

Beso a Lara en la mejilla y le hago un gesto a Erin con la barbilla antes de perderme por las cortinas, no sin antes ver cómo le da un manotazo a Mónica y la mira con asombro.

—¿Qué pasa? —pregunta su amiga.

—¿Se puede saber a qué juegas? —pregunta ella.

—¿Y a ti qué más te da? Le dejaste, ¿recuerdas? Es libre de hacer lo que le dé la gana, y te aseguro que yo estoy más que dispuesta a dejarle que lo haga.

La miro con una sonrisa porque sé lo que pretende, y ella me la devuelve con un guiño de complicidad. Eres una diablilla traviesa, Mónica... pero te estaré agradecido toda la vida por ello.

Capítulo 5

Trabajar esta noche va a ser un calvario para mí. Erin celebra su despedida de soltera y Axel se ha ofrecido amablemente (nótese la ironía) a prepararles una sala privada para que su hermana y sus amigas puedan divertirse sin preocuparse por nada. Muy considerado mi amigo, sí señor. Sobre todo porque la sala en cuestión es la mía, que es la más grande, así que llevamos más de una hora moviendo artilugios al almacén para prepararle la dichosa sala a la novia. Mónica y Lara, que son las artífices de todo, están dando órdenes como si fueran dos tenientes del ejército y Joel, Ken, Axel y yo obedecemos como corderitos. Como tiene que ser, según ellas.

—Bien, ahora hay que forrar esas paredes con estas telas —dice Mónica enseñándonos unos rollos de una especie de gasa rosada.

—Moni, en serio, te aprecio mucho, pero ya me estás empezando a tocar los huevos hoy —protesta Joel desde el otro lado de la sala.

—No te quejes tanto, grandullón, que tú puedes con todo —responde ella.

Lara eleva los ojos al cielo y me pasa una grapadora y un rollo de tela.

—Basta con que la grapes a la pared y la dejes caer —sugiere—. Ya nos encargamos nosotras del resto.

—¿Eso significa que podremos irnos? —pregunta Ken esperanzado.

—Eso significa que haréis otras cosas —contesta Mónica.

Ken empieza a despotricar en japo, cosa que me hace sonreír. La verdad es que me lo estoy pasando bien con esto, aunque me lo pasaría mejor si la boda fuera de otra persona. Tres horas más tarde mi sala se ha convertido en un esponjoso trocito de nube rosa y dorado, con mullidos sillones blancos (de la sala del jacuzzi) y luces de colores. Parece el puto país de los unicornios, y tanto mis colegas como yo salimos de allí a todo correr.

—Id a dormir, chicos —ordena Axel—. Nos vemos esta noche.

Mis compañeros se marchan, pero yo me quedo mirándole apoyado en el quicio de la puerta.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Me va a tocar a mí vigilarlas, ¿no?

—¿Y si así fuera?

—Lo haría porque no me queda otra, pero tú serías un auténtico capullo.

—Pues no, no pienso ser tan capullo. Tú ocuparás esta noche el puesto de Joel y él se encargará de las chicas.

—Te lo agradezco.

—Ponte chaqueta —ordena—. Nos vemos esta noche.

Me despido con la mano bastante más aliviado. Al menos no tendré que lidiar con Erin en toda la noche... En cuanto llego a casa meto una pizza en el horno y abro una cerveza fresquita. Hace mucho calor, y después de comer me doy una ducha y me meto desnudo en la cama. El aire acondicionado es el mejor invento de la historia, lo juro, porque aunque tenemos cerca de cuarenta grados en la calle en mi habitación se está de lujo y pronto me quedo dormido.

A las diez en punto estoy sentado en la barra con Cris. La verdad es que me veo muy raro con chaqueta y pinganillo, pero lo prefiero a tener que soportar estar en la habitación con Erin y sus amigas. Si no llego a estar sentado cuando llega habría terminado en el suelo, porque está tan guapa que logra tambalear mi mundo... otra vez. Aunque sus amigas la han hecho ponerse una diadema con un enorme cuerno de unicornio arcoíris y purpurina por todas partes, el vestido blanco que lleva me hace babear. Cris tiene que darme un codazo para que deje de mirarla con la boca abierta.

—Bienvenidas, chicas —dice mi compañera con una sonrisa—. ¿Listas para disfrutar?

No puedo apartar mi mirada de Erin. La sigo hasta que sus curvas se pierden a través de las cortinas que separan la zona de la barra de las demás salas. Ni siquiera me he percatado de que Cris se ha ido con ellas y que Axel ha tomado su lugar.

—Brais, ¿me estás escuchando? —dice mi amigo.

—Sí, perdona.

—Como te decía, que mi querida novia le ha pedido a Ken que haga un striptease en la despedida, así que nos vamos a quedar sin sala de masaje dentro de un rato.

—¿Y él ha accedido?

—Ya sabes lo que le gusta el cachondeo. Se piensa embadurnar de aceite como los profesionales.

—Mientras no se tenga que quedar en pelotas...

—Le he advertido de que como se le ocurra hacerlo se las corto.

—Lo que te gusta a ti cortar pelotas...

—Cerraremos antes porque sin dos salas disponibles poco vamos a hacer esta noche, aunque mañana tendremos que venir antes para volver a colocarlo todo en su sitio.

—Espero que no vayas a organizar más despedidas aquí.

—No, no estoy loco. Esta la he consentido porque es mi hermana, que si no...

—Será mejor que me vaya a la puerta —digo levantándome—. ¿Hasta qué hora?

—Hasta las dos.

La noche pasa bastante tranquila... aunque mi cabeza no puede apartarse de la despedida de soltera. Los gritos y las carcajadas llegan hasta la sala principal y no puedo evitar pensar en qué estarán haciendo. En realidad solo me pregunto qué estará haciendo ella, las demás pueden hacer lo que quieran. Mónica sale a la calle para fumarse un cigarro y aprovecho para acercarme a ella.

—¿Lo estáis pasando bien? —pregunto apoyándome a su lado en la pared.

—Está saliendo todo perfecto —responde ella besándome en la mejilla—. Lástima que se desnude Ken y no tú...

—Las delicatessen no se pueden mostrar así porque sí... —bromeo.

—Más de una querría morder esa delicatessen... aunque ya sea tarde para ello.

—Siempre puedes probarlas tú...

—Tal vez... cuando te parezcas un poco más a Joel —responde con un guiño.

Mónica siempre consigue hacerme reír. Sé desde hace tiempo que le gusta Joel, pero él es tan serio y reservado que no se atreve a hacer ningún movimiento con él... al menos estando sobria. Tal vez esta noche las cosas cambien, estaría bien que alguien se fuera a casa contento ya que yo no voy a hacerlo.

Cuando cerramos Ken se deja caer en el sofá del despacho de Axel con gesto cansado.

—¿De dónde saca tu hermana las amigas? —pregunta— Son unas salvajes. Solo les ha faltado arrancarme los bóxers y dejarme en pelotas.

—Así aprenderás a no hacer todo lo que Lara te pide —protesta mi jefe.

—¿Es tu novia! ¿Qué querías que hiciera?

—Negarte.

—Lo tendré en cuenta cuando te decidas a pedirle que se case contigo y le organicen a ella la despedida.

—En la despedida de Lara seré yo quien haga el striptease —bromeo—. Aunque yo no soy tan mojigato como Ken, lo haré integral.

—Enséñale a mi chica algo más de lo apropiado y te juro que te corto los huevos y te los sirvo a la barbacoa —amenaza Axel.

Joel y Ken rompen a reír a carcajadas, y miro a mi amigo con una sonrisa.

—Largaos ya, capullos —nos dice—. Yo cerraré cuando terminen.

—¿Y vas a limpiar también? —bromea Joel.

—De eso nada, mañana os quiero a todos aquí una hora antes para limpiar el desastre de sala que me han dejado.

—Si está la mar de mona... —bromea Ken.

—Vete a la mierda, Ken, que la sala es la mía —protesto.

—Imagínate cuando tus clientes mañana vean esa habitación —ríe Joel.

—Por suerte, no se va a dar el caso —nos corta Axel—. Hasta mañana.

Me quito la chaqueta y la meto en la maleta de la moto antes de ponerme el casco y poner rumbo a mi casa. Me doy una ducha en cuanto llego y me meto en la cama, pero no puedo apartar de mi mente la imagen de Erin esta noche. ¿Por qué demonios tiene que ser tan jodidamente guapa?

El timbre de la puerta me sobresalta. ¿Quién puede ser a estas horas? Miro en los bolsillos de la chaqueta para ver si me he llevado las llaves del local, porque a veces suelo cerrar yo, pero no encuentro nada. Voy a abrir la puerta y me quedo petrificado al ver a Erin al otro lado del umbral.

—¿Erin? —pregunto— ¿Ha pasado algo?

—¡Por supuesto que ha pasado!

Está borracha. Como una auténtica cuba. Entra dando traspiés en el salón y se deja caer en el sofá con un hipido.

—Deberías haberme saludado hoy —balbucea— pero has vuelto a comportarte como un capullo.

—Erin, has bebido demasiado, creo que será mejor que te lleve a casa.

—¡Claro que sí! ¡Deshazte de mí como si fuera un trapo viejo!

Suspiro y voy a mi habitación a vestirme, pero cuando estoy agachado poniéndome los vaqueros Erin se pega a mi cuerpo haciéndome jadear.

—¿Se puede saber a dónde vas, Erin? —protesto apartándome como si me

hubiera quemado.

—A dormir... ¿dónde quieres que vaya?

—Ve al salón, ahora te llevo a casa.

—¿Es que no quieres que duerma contigo o qué?

¡Señor, dame paciencia! ¿Que no quiero que duerma conmigo? ¡Lo que quiero es que no salga de mi puta cama! Me pongo la primera camiseta que encuentro y la cojo del brazo para llevarla al salón.

—Siéntate ahí, ahora vuelvo —ordeno.

—Muy bien... me siento aquí.

Cuando vuelvo de ponerme las zapatillas de deporte Erin se ha quedado completamente dormida en el sofá. Cojonudo, a ver cómo la despierto yo ahora. Tras mucho intentarlo termino cogiéndola en brazos y metiéndola en mi coche para dejarla en su casa. Cuando aparco frente a su puerta logro despertarla de nuevo, pero ella balbucea cosas sin sentido y se da la vuelta para seguir durmiendo. Al final opto por buscar en su bolso las llaves y llevarla en brazos hasta su cama, pero cuando la dejo caer en ella Erin enreda los brazos en mi cuello y pega sus labios a los míos.

—Te he echado tanto de menos, Brais...

Capítulo 6

El estómago me da un vuelco y me quedo paralizado un segundo. Tiene los ojos abiertos, y aunque me está mirando directamente es evidente que aún está adormilada. Pero en ese momento Erin me mira los labios y se relame como si fuera una gatita a punto de comerse un tazón de leche fresca. No lo hagas, Erin... no lo hagas o te juro por Dios que seré incapaz de parar. Me deshago de su agarre con suavidad, temiendo que se despierte por completo y nos vea así, pero en vez de despertarse empieza a ponerse verde. Me doy la vuelta para ir a buscar un cubo o algo en lo que pueda vomitar, porque en cualquier momento su estómago se va a revelar contra todo lo que ha bebido esta noche.

—¡No vomites! —exclamo por el pasillo— ¡No vo...

Pero ya es demasiado tarde. Erin se ha inclinado por el borde de la cama (gracias a Dios) y ha echado todo lo que tenía en el estómago.

—Mites...

Con un suspiro voy al cuarto de baño y mojo una toalla para lavarle la cara y refrescarla un poco, la ayudo a ponerse el camisón y limpio todo el desastre que ha formado. Cuando termino me doy cuenta de que se ha quedado dormida, pero ¿cómo voy a irme y dejarla en ese estado? Erin no aguanta bien la bebida y se pone malísima cuando se emborracha, puede que necesite mi ayuda a lo largo de la noche. Me dejo caer en el sofá con un suspiro y pongo la tele a ver qué hay a esta hora, pero estoy demasiado cansado y termino quedándome dormido.

Me despierta una leve caricia en la cara. Abro los ojos... y veo a Erin sentada en el borde del sofá mirándome con ternura. ¿Seguiré aún dormido? Me restriego los ojos para espabilarme e intento sentarme, pero ella me lo impide poniéndome una mano en el pecho.

—No... —susurra— No te levantes.

—Erin, ¿qué estás haciendo?

—No lo sé —suspira uniendo sus labios a los míos—. No lo sé.

En cuanto nuestras bocas entran en contacto la pasión estalla entre nosotros

como un volcán en erupción. Debería apartarme, debería alejarme de Erin el máximo posible, pero que Dios me ayude, soy incapaz de apartarme de ella. Cuando su lengua roza la mía inspiro con fuerza y con un brazo la atraigo hacia mí hasta dejarla sentada a horcajadas sobre mis rodillas. Como antes... como cada vez que nos despertábamos juntos. Erin enreda los brazos en mi cuello y pega su pecho al mío, haciéndome jadear. Siento sus pezones duros rozar mi cuerpo, tan pequeños y rosados que me muero de ganas de morderlos, pero no rompo el beso por miedo a que ella recupere la cordura y se aparte de mí. Ahora no podría dejarla marchar aunque quisiera... que no quiero.

Subo las manos por su espalda arrastrando con ellas su camisón. Su piel está caliente, suave, y se eriza al contacto de mis dedos. Abro los ojos un segundo para mirarla, y aunque está demasiado cerca puedo ver sus ojos, que también están abiertos, como si ella temiera tanto como yo que esto no sea real. Sus dedos se enredan en mi pelo haciéndome jadear, y Erin empieza a mover las caderas, rozando mi polla con sus braguitas de encaje, logrando que se endurezca en cuestión de segundos. Aparto mi boca de la suya y la miro con la respiración acelerada. Ella está jadeando tanto como yo, y puedo ver el temor en sus ojos, un temor que no sé si es por estar perdiendo la cabeza o por si yo decido detenerme.

—¿Estás segura de esto, Erin? —pregunto.

Soy gilipollas, lo sé. Debería tomar lo que me ofrece y al demonio con las consecuencias, pero no puedo hacerle algo así. No a ella.

—Nunca he estado más segura de nada en mi vida —susurra.

La tomo en brazos y ella enreda las piernas alrededor de mis caderas, besándome de nuevo. La dejo caer sobre la cama y me tumbo encima de su cuerpo, acariciando cada centímetro de piel como si fuera la primera vez que lo hago. Conozco perfectamente cada zona sensible, cada caricia que la vuelve loca de deseo, y pronto la tengo retorciéndose debajo de mí esperando mucho más que eso.

—¡Fóllame, Brais! —susurra mordiéndose el labio.

—Sabes que nunca voy a hacerlo —respondo—. Yo siempre te haré el amor.

Vuelvo a pegar mi boca a la suya y me aparto para que pueda elevar las caderas lo suficiente para deshacerme de sus bragas. En cuanto mi mano entra en contacto con su coñito caliente Erin grita y busca mi polla a través de la tela de los vaqueros. Introduzco un dedo entre sus pliegues para descubrir que

ya está mojada y preparada para mí, pero no pienso terminar la última vez que esté con ella tan deprisa. Pienso saborear cada segundo de esta mañana para retenerlo para siempre en mi memoria.

Tiro de sus brazos para sentarla en la cama y quitarle el camisón. No duerme con sujetador, y sus pechos botan suavemente cuando se deja caer de nuevo en la cama con los brazos por encima de la cabeza. Me dedica una única sonrisa, una sonrisa en la que no hay rastro de la animadversión que sentíamos antes, y abre las piernas ofreciéndome su cuerpo para que haga con él lo que quiera. Me pongo de rodillas en la cama para deshacerme de la camiseta, porque siento un calor asfixiante y necesito sentir su piel en contacto con la mía, y me tumbo sobre la cama para acercar mi boca a sus preciosas tetas.

—¡Dios, sí! —suspira agarrándome del pelo.

Acaricio su pequeño pezón con la lengua, lo muerdo suavemente con los dientes, lo succiono enviando descargas de placer por su espalda. Erin gime, aprieta mi pelo en un puño, eleva las caderas para que su sexo se roce con mi estómago. Alargo mi dulce tortura un poco más antes de pasarme al otro pezón, el más sensible de los dos, y torturarlo hasta casi rozar el orgasmo. Vuelvo a su boca y Erin me atrae hacia ella con desesperación, hundiendo su lengua en la mía con ansia, y enreda las caderas en mi cintura para rozarse contra mi polla a través de los vaqueros. Me está poniendo a mil, siento un calor insoportable en todo el cuerpo y quiero clavarme en ella hasta el fondo... pero también quiero saborearla.

Me suelto de su agarre y rompo el beso. Bajo por su cuerpo sin apartar mis ojos de los de ella, y hundo la lengua entre sus pliegues para acariciar su clítoris hinchado. Ella cierra los ojos, se agarra con fuerza a las sábanas y grita en cuanto mi lengua empieza a jugar con su pequeño botón. Su sabor es adictivo, dulce, picante... delicioso, y soy incapaz de parar. Hundo un dedo en su interior y lo muevo suavemente, logrando que ella se retuerza y me apriete contra su cuerpo a la espera del orgasmo.

Estoy a mil... ya no recordaba lo mucho que me gusta hacerle el amor. Había olvidado lo bien que estamos juntos, lo compatibles que somos entre las sábanas... lo mucho que la quiero. Porque después de tres años separados sigo enamorado de ella como el primer día. Sigo hundiendo mis dedos dentro de ella y vuelvo a acariciar su clítoris con la lengua. Ella se tensa, inspira con fuerza y el orgasmo la recorre dejándola completamente sin fuerzas.

Me incorporo para mirarla. Tal vez ahora me diga que me marche... pero en vez de eso me atrae hacia ella y desabrocha mis vaqueros para deshacerse de ellos de un tirón. Me pongo de pie para quedarme desnudo por fin, y cubro su cuerpo con el mío dejando escapar un gemido. Dios... es la sensación más maravillosa del mundo estar así. Me hundo lentamente en ella, disfrutando de cada centímetro que roza su interior. Erin enreda sus piernas en mis caderas y empiezo a moverme muy despacio, sin apartar mis ojos de los suyos, que me miran con la misma atención. Erin acerca su mano a mi cara y me acaricia lentamente, y por un segundo puedo ver la nostalgia y la pena reflejada en sus ojos azules, esa misma nostalgia que siento yo cada vez que la miro.

Los besos han pasado de ser salvajes a ser suaves, dulces, deliciosos. Mis caderas bombean una y otra vez dentro de ella, grabando a fuego en mi memoria la sensación de estar dentro de la mujer a la que sé que jamás dejaré de amar. Los brazos de Erin me rodean y acaricia mi espalda con sus manos, lanzando escalofríos de placer por mi columna y haciéndome jadear.

No puedo más, necesito ir más deprisa, pero también necesito que este momento no termine nunca. Erin se contrae a mi alrededor, ordeñándome, y sus muslos se convulsionan intentando aguantar el orgasmo un poco más.

—Vamos, nena... córrete para mí —susurro.

Esas palabras siempre han logrado lanzarla de cabeza al orgasmo, y Erin termina desmadejada sobre la cama, con los brazos en cruz y las piernas abiertas, respirando entrecortadamente. Me quedo quieto un momento, dándole la oportunidad de recuperarse, pero ella me sorprende apartándose de mí. La miro con una ceja arqueada, temiendo que se haya arrepentido de lo que ha pasado, pero en vez de eso se coloca de rodillas en el borde de la cama y me mira con una sonrisa. Dios... aún se acuerda de cuánto me gustaba esa postura. Pero no es lo que quiero ahora, necesito estar en contacto con ella. Me coloco detrás de ella y me hundo lentamente, pero aparto sus manos del colchón y la empujo hasta quedar los dos completamente tumbados... ella sobre la cama y yo sobre su espalda.

—Mejor así —susurro—. Quiero sentirte.

Entrelazo mis dedos con los suyos y empiezo a moverme, esta vez con más rapidez, con más fuerza, con más ímpetu. Erin me sale al encuentro cada vez que me salgo completamente de ella haciendo que nuestros cuerpos choquen cada vez que me hundo hasta el fondo, haciéndome enloquecer. No puedo más, estoy a punto de correrme, y entierro una mano debajo de ella para encontrar

de nuevo su clítoris y acariciarlo hasta que Erin se corre, arrastrándome a mí con ella.

Poco después permanezco tumbado en su cama mirando al techo. Ella está acurrucada a mi lado, completamente dormida. Me deshago de su abrazo y empiezo a vestirme para marcharme, no quiero amargas despedidas cuando ella se despierte. Antes de hacerlo me arrodillo junto a la cama y la observo un segundo más antes de besarla por última vez.

—Te quiero, Erin —susurro antes de marcharme.

Cierro la puerta con un suspiro. Me siento como si el mundo entero se desvaneciera a mi alrededor, como si todo lo que me importa ahora mismo se haya evaporado delante de mis ojos. Pero debo seguir con mi vida, y aunque jamás logre amar a otra mujer como la amo a ella, debo volver a empezar.

Capítulo 7

El día de la boda...

Axel está parado en mitad de la calle con los brazos en jarras mirando hacia todas partes. Me acerco hacia él, que no se da cuenta de mi presencia hasta que abro la boca.

—¿Dónde está? —pregunto.

Mi amigo se vuelve hacia mí y me estampa contra la pared agarrándome de las solapas de la chaqueta.

—¿Esto es culpa tuya? —pregunta con los dientes apretados— ¿Has tenido algo que ver en todo esto?

—¡Por supuesto que no! —exclamo— ¿Por quién coño me tomas?

—¡Sigues enamorado de ella, joder! ¿No has hecho nada que la haga cambiar de opinión?

—¿Quieres calmarte? —protesto apartando sus manos de un manotazo— Si fuera por mí ahora mismo estaría huyendo con ella en vez de discutiendo contigo, ¿no te parece?

Axel se aparta de mí y se pasa las manos por la cara. Está agotado, esta situación está sobrepasándole, y no pienso tenerle en cuenta lo que acaba de pasar.

—Perdóname, tío... —se disculpa— Es que estoy muy nervioso.

—¿Sabes dónde ha ido?

—No. Se ha montado en un taxi y no he podido alcanzarla.

—Tranquilo, la encontraremos.

—¿La habéis encontrado? —pregunta Ken desde la puerta.

—No, se ha marchado —responde Axel—. En cuanto la pille la voy a...

—No vas a hacer nada —dice su padre, que ha salido detrás de Ken.

—¡Pero esto nos va a costar una fortuna, papá!

—¿Es más importante el dinero que la felicidad de tu hermana?

—¡Por supuesto que no, pero podría haberlo pensado antes!

—Entra ahí a disculparte con los invitados que yo iré a buscar a tu

hermana —ordena su padre.

—Voy contigo —dice Axel.

—Ni hablar. Estás demasiado nervioso y lo último que necesita Erin ahora es que le echés la bronca.

Axel asiente y entra en la iglesia, y veo a su progenitor subirse en el coche. Pero no pienso quedarme de brazos cruzados, debo saber si su decisión se debe a lo que pasó hace unas semanas, y tengo una leve idea de dónde puede estar. Me monto en la moto y arranco, pero Ken se me acerca y sujeta el manillar impidiéndome marcharme.

—¿A dónde vas? —pregunta.

—A buscarla.

—Voy contigo.

—No... es mejor que vaya solo.

—¿Y eso por qué?

—Porque tengo que hablar a solas con ella.

—¿Qué coño has hecho, Brais?

—Nada que no tenga solución.

Me dirijo hacia nuestro rincón favorito, una cala algo escondida desde donde se puede ver el atardecer más bonito de la ciudad. Es el lugar donde Erin y yo hicimos el amor por primera vez, donde empezó lo nuestro cuatro años atrás. Puedo verla allí sentada desde la carretera, con el velo volando alrededor de su cara y el vestido mojado a la altura de los tobillos arremolinándose en sus pies. Me acerco todo lo deprisa que puedo por el pequeño camino que da a esa pequeña playa y me siento a su lado a mirar el horizonte sin decir ni una palabra.

—¿Qué haces aquí? —pregunta al cabo de un rato.

—He venido a buscarte.

—No tenías por qué hacerlo.

—Tu hermano está muy enfadado por lo que has hecho, Erin. Mejor yo que él.

—Mi hermano puede enfadarse lo que le dé la gana, que no me importa en absoluto. Él no iba a arruinarse la vida en esa iglesia.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque sé que sería así.

—Creí que le querías.

—Y eso creía, pero en estos últimos meses me he dado cuenta de que no es

así.

—Si habéis discutido se puede arreglar.

—No tiene arreglo, Brais. Rubén y yo no estamos hechos el uno para el otro, yo estoy hecha para otra persona.

Trago saliva al escuchar sus palabras. ¡Pues claro que estás hecha para otro, joder! ¡Estás hecha para mí!

—¿Ha sido por lo que pasó entre nosotros? —pregunto sin atreverme a mirarla.

—¿Es eso lo que crees?

—Eso es lo que creen todos, que yo tengo la culpa de que hayas salido huyendo.

—Te tienen todos en muy alta estima.

—Respóndeme.

—Lo que pasó aquel día no fue más que un polvo, ¿no?

Sus palabras se clavan como puñales en mi espalda, pero asiento sin atreverme a mirarla.

—Exactamente eso —respondo al fin.

—Entonces no tienes por qué sentirte culpable. Tú no tienes la culpa de nada.

—Espero que se lo digas a tu hermano cuando le veas para evitar que me parta las piernas.

—No te preocupes, se lo diré.

Permanecemos allí sentados hasta que el sol empieza a esconderse en el horizonte. El color rojizo del atardecer se refleja en sus ojos azules, fijos en el mar, y siento unas ganas tremendas de tumbarla sobre la arena y hacerle el amor.

—Te marchaste —me echa en cara de repente sacándome de mis pensamientos lascivos—. Te marchaste sin despedirte.

No hace falta que me explique a qué se refiere, porque lo sé perfectamente. Sabía que iba a enfadarse por marcharme de aquella manera, pero no quería darle ningún motivo para echar su boda a perder.

—Estabas dormida —contesto—, no quise despertarte.

—Deberías haberlo hecho, Brais. Me hiciste sentir como una cualquiera.

—¡Joder, Erin! ¿En serio?

—¡Sí, en serio! Se me quedó cara de tonta cuando me desperté y vi que no estabas.

—¿Y si me hubiera quedado qué? ¿Habría tenido que aguantar que me dijeras que había sido un error? Te lo puse fácil, ya está.

—Había olvidado que tú y yo siempre acabamos discutiendo —suspira—. Jamás estamos de acuerdo en nada.

—Antes siempre lo estábamos.

—Eso fue antes de...

Se queda callada y vuelve la cabeza para no mirarme a la cara. La sujeto de la barbilla y la obligo a mirarme, y descubro que sus ojos están anegados en lágrimas.

—¿Antes de qué, Erin? —pregunto.

—Olvídalo.

—¿Antes de que te engañara?

Ella vuelve la cabeza confirmándome lo que ya sabía: sigue pensando que le fui infiel aquella noche en el pub.

—Sigues pensando que te engañé —susurro apartándome de ella.

—Eso ya no importa.

—¡Por supuesto que importa! ¿Por qué coño crees que discutimos siempre? ¡Porque sigues pensando que me acosté con aquella mujer, por eso!

—¡Fue hace años, Brais! ¿Crees que me importa ahora mismo si me engañaste o no? ¡Discutimos porque siempre estás a la defensiva conmigo!

—¡Vamos, Erin, no me jodas!

—¡Te escuché, maldita sea! Te escuché.

—¿Que me escuchaste cuándo?

—La mañana que nos acostamos juntos. Te escuché decirme que me querías.

—Así que sí ha sido por lo que pasó aquel día...

—Me dijiste que me querías y te largaste. ¿Por qué no te quedaste para decírmelo despierta?

—Porque ya era demasiado tarde.

—¡Nunca es demasiado tarde, maldita sea! Podría volver ahora mismo a esa iglesia para casarme contigo, Brais. Solo tendrías que pedírmelo.

Sus palabras logran hacer que mi corazón dé un vuelco en mi pecho.

—Respóndeme una cosa —digo al fin—. Si volvieras a encontrarme en la misma situación, ¿qué harías?

—¿A qué viene eso ahora? ¿Te confieso que me casaría contigo sin dudarlo y me preguntas eso?

—Contéstame. ¿Qué harías, Erin?

—No pienso entrar en este juego, Brais. Siempre saldría perdiendo.

—¿Eso qué coño significa?

—Si te digo que no lo sé pensarás que no confío en ti, y si digo que me quedaría me reprocharás no haberlo hecho antes. ¿Tengo razón?

Vuelvo la mirada hacia ella, que está de pie mirándome con la respiración acelerada. Está enfadada... muy enfadada, y tiene razones para estarlo. Tiene razón... joder, ¡claro que la tiene!

—Eres un estúpido, Brais —espeta—. Un imbécil cabezota que no ve más allá de sus narices.

Las lágrimas corren sin control por sus mejillas y me muero de ganas de borrarlas a besos, pero permanezco en el sitio sin mover ni un músculo.

—¿Soy yo quien tiene la culpa de todo? —pregunta— ¡¿Y por qué demonios no viniste a explicarme lo que había pasado?! ¡Pasaron más de seis meses antes de que volviera a verte, maldita sea!

—¡Me redujeron entre los dos para atarme a la cama, joder! ¡Casi me viola una chalada y tú te largaste y me dejaste al día siguiente sin pedirme ni una sola explicación!

—¿Qué?

Puedo ver el horror en su rostro, pero ya soy incapaz de parar de hablar. Llevo demasiado tiempo callándome, hace demasiado tiempo que vivo con el peso de aquella noche sobre los hombros y ya estoy cansado de callarme.

—Si tu hermano no llega a venir para ver por qué saliste corriendo lo habría hecho —reconozco—. ¡Cuando te vi creí que estaba salvado y me abandonaste a mi suerte, maldita sea!

—No lo sabía... te juro que no lo sabía...

Se acerca para tocarme pero me aparto de ella más bruscamente de lo que pretendía.

—Si te hubieras quedado lo habrías sabido —digo—. Si no hubieras salido corriendo ahora mismo no estaríamos aquí.

—Yo... Lo siento mucho.

—Ahora ya no importa, eso pasó hace mucho y nada podrá arreglar el daño que ambos nos hemos hecho durante todo este tiempo.

—Pero podemos empezar de cero...

La miro un segundo. ¿Sería todo tan fácil? ¿Podríamos olvidar todo lo que ha pasado y empezar como si acabásemos de conocernos? Yo no estoy tan

seguro de eso...

—Vamos, te llevaré a casa —susurro encaminándome hacia la carretera.

Aparco la moto en la puerta de su casa, pero ella no se baja. La miro por encima del hombro y veo que está llorando, pero no tengo fuerzas para seguir discutiendo esta noche.

—Vamos, márchate —susurro.

—Brais...

—Hoy no, Erin. Hablaremos mañana.

Capítulo 8

Cuando el timbre de la puerta me despierta a la mañana siguiente me cuesta levantarme debido al dolor de cabeza que tengo. Apenas he podido pegar ojo en toda la noche pensando en lo que pasó ayer con Erin. Las confesiones que ambos nos hicimos me han hecho recapacitar y admitir mi parte de culpa en nuestra ruptura.

Lo primero que siento al abrir la puerta, porque no lo veo venir, es un puñetazo en toda la cara.

—¡Joder! —grito intentando contener la sangre que sale a borbotones por mi nariz.

Abro los ojos para encontrarme de frente con Axel, que me mira con cara de asesino.

—¿Te has vuelto loco? —pregunto— ¡Me has roto la nariz, gilipollas!

—No la tienes rota, y te mereces que te la parta por gilipollas.

—¿Y ahora qué he hecho?

—Mi hermana deja a su novio en el altar porque está enamorada de ti, ¿y tú te limitas a traerla a mi casa sin más?

—¿Y a ti qué coño te importa lo que yo haga o deje de hacer con tu hermana? Creo que ya somos mayorcitos para que te estés metiendo siempre en todo.

—Me importa porque no ha parado de llorar en toda la puñetera noche, por eso me importa.

—Le dije que hablaríamos hoy —reconozco—. Tenía mucho en lo que pensar.

—¿Mucho en lo que pensar? ¡Te pidió que te casaras con ella, estúpido! ¿Qué coño tienes que pensar?

—Eso es asunto mío.

—Óyeme bien, Brais. He tenido que sufrir de primera mano por ambas partes lo desgraciados que sois el uno sin el otro y no estoy dispuesto a permitir que la cagues otra vez por tu cabezonería.

Me quedo mirándole con la boca abierta. ¿No era él quien ayer casi me corta las pelotas porque su hermana se fugó de la boda?

—Ella no se quedó para saber lo que había pasado —continúa—, pero tú tampoco fuiste a explicárselo. Me he guardado todo este tiempo lo que pasó aquella noche porque tú no querías que ella se enterase pero no pienso hacerlo ni un minuto más.

—Ya lo sabe —reconozco—. Se lo conté todo anoche.

—¿Y por qué coño no estás con ella? ¿Por qué está metida en la cama con mi novia hecha un mar de lágrimas?

—¿No eras tú quien me dijo que no se me ocurriera fastidiarle la boda?

—Eso era antes de saber que seguía enamorada de ti. Lo único que pretendía era que no le hicieras daño.

—Bueno, pues siento decirte que ya se lo he hecho. Y ella a mí.

—Tiene solución.

—¿Tú crees? No quiero que dentro de unos años empecemos a echarnos todo en cara y terminemos separándonos de nuevo.

—Eso depende de ti, tío. Tú sabrás si quieres conservar a mi hermana para siempre.

Axel se marcha y me voy a servirme un café. Tiene razón, joder... siempre la ha tenido. Me he comportado como un auténtico idiota durante todo este tiempo por mi cabezonería, y prefería perder a la mujer de mi vida a tragarme mi orgullo. ¿Pero de qué sirve el orgullo si no estás con la persona a la que quieres? Voy a vestirme para ir a hablar con ella, para dejar toda esa mierda atrás y empezar de cero como me sugirió. Pero al abrir la puerta me la encuentro allí de pie con la mano estirada a punto de tocar el timbre. Se yergue igual que una reina y pasa por mi lado dándome un empujón con determinación.

—Tengo algo que decirte —dice.

—Erin...

Me silencia levantando la mano y yo la miro divertido. A ver qué es eso tan importante que tiene que decirme antes de que la meta en mi cama...

—Sé que te dolió mi reacción de aquella noche tanto como me dolió a mí que no vinieras detrás para explicarme lo que pasaba —dice—. Pero sé que quiero y que quiero pasar el resto de mi vida contigo igual que sé que tú quieres estar conmigo aunque tu estúpido orgullo te lo impida.

Se pasea por la habitación mirando al suelo, posiblemente buscando las

palabras adecuadas para intentar convencerme de que vuelva con ella.

—He decidido que no pienso estar con nadie que no seas tú en lo que me resta de vida —continúa—, así que de ti depende consentir que termine siendo la vieja de los gatos con síndrome de Diógenes de la esquina.

La miro con una ceja arqueada aguantándome la carcajada que está a punto de salir por mi garganta.

—No me mires así —protesta—, te juro que eso será en lo que me convertiré si no te casas conmigo, Brais. Sobre tu conciencia quedará que me vuelva una loca amargada.

Me encamino muy lentamente hacia ella. Erin da un paso atrás cada vez hasta terminar aprisionada contra la encimera de la cocina.

—Así que si no me caso contigo te convertirás en una vieja solitaria y amargada... —susurro mirando su boca con lascivia.

—Totalmente —responde ella lamiéndoselos despacio.

—Tal vez el butanero se aproveche de ti en la mesa del salón y te guste...

—Ni lo más mínimo, porque mis gatos le arañarán las pelotas hasta dejarlo inconsciente para que pueda huir.

No puedo más, estallo en carcajadas antes de besarla de una vez por todas. Erin deja escapar de su garganta algo entre un gemido y un sollozo y se abraza a mí con fuerza, como si temiera que me escape.

—Entonces será mejor que me case contigo por el bien del butanero, nena —susurro antes de besarla una vez más.

—Te he echado tanto de menos, Brais...

—No más que yo a ti, cariño... No más que yo a ti.

La cojo en brazos y la llevo hasta la habitación para sellar nuestro trato como Dios manda, haciéndole el amor por todos los años que hemos estado separados. Erin es el amor de mi vida, y ahora que la he recuperado no pienso perder ni un segundo más en discusiones ni en peleas. Ahora solo voy a preocuparme de hacerla feliz, y voy a empezar haciéndole el amor hasta el amanecer... porque mañana tengo que ocuparme de organizar una boda.